

## 6. El poder político Teoría realista de la política internacional

HANS J. MORGENTHAU

PODER POLÍTICO

### ¿QUÉ ES EL PODER POLÍTICO?

#### Relación que guarda con la nación como un todo

La política internacional, al igual que todo tipo de política, es una lucha por el poder. No importa cuáles sean los objetivos finales de la política internacional, el poder se constituye invariablemente en el fin inmediato. Gobernantes y pueblos pueden acariciar como meta final la libertad, la seguridad, la prosperidad o el poder mismo. Pueden incluso definir tales metas en términos de un ideal religioso, filosófico, económico o social, y guardar la esperanza de que dicho ideal se materialice gracias a un impulso interior, a la intervención de fuerzas divinas, o a la evolución natural de los asuntos humanos. Asimismo, pueden tratar de promover su

*De Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*, tercera edición, autor: Hans J. Morgenthau (Nueva York, Knopf, 1960), pp. 27-29, 31-35, 3-4, 10-12, 14. Copyright 1948, 1954, © 1960, Alfred A. Knopf, Inc. Reimpreso con autorización de Alfred A. Knopf. Notas al calce suprimidas.

realización mediante métodos no políticos, tales como la cooperación técnica con otras naciones o con organizaciones internacionales. No obstante, cada vez que se esfuerzan por cumplir su objetivo valiéndose de la política internacional, lo hacen mediante la lucha por el poder. Los cruzados ambicionaban liberar a las ciudades santas del dominio infiel; Woodrow Wilson deseaba salvaguardar al mundo en pro de la democracia; los nazis codiciaban abrir Europa Oriental a la colonización alemana, dominar el continente europeo y conquistar al mundo. Todos ellos eligieron el camino del poder para alcanzar sus objetivos; por tanto, todos fueron actores en el escenario de la política internacional.

De este concepto de política internacional se desprenden dos conclusiones. Primera: no todos los actos que una nación lleva a cabo con relación a otra son de naturaleza política. . .

Segunda: no todas las naciones se encuentran en todo momento involucradas al mismo grado en la política internacional. . .

#### Su naturaleza

. . . Al hablar de poder nos referimos al control que ejerce el hombre sobre la mente y los

actos de otros. Por poder político se entienden las relaciones mutuas de control que se registran entre los individuos que ostentan la autoridad pública, pero también entre estos últimos y la población en general.

El poder político es una relación psicológica entre aquellos que lo ejercen y aquéllos sobre los cuales se ejerce. A los primeros, les confiere el control sobre una serie de actos de los segundos, merced a la influencia que los primeros tienen sobre la mente de los segundos. Dicha influencia emana de tres fuentes: la expectativa de beneficios, el temor a las desventajas, el respeto o el amor por los hombres o por las instituciones; y se puede materializar a través de mandatos, amenazas, la persuasión, la autoridad o el carisma de un hombre o de un organismo gubernamental, o mediante una ágil combinación de varios de estos elementos. . .

### DEPRECIACIÓN DEL PODER POLÍTICO

Dado que la ambición del poder es el elemento distintivo de la política internacional, como toda política, la internacional es, por necesidad, una política del poder. Este hecho goza de reconocimiento general en la práctica de los asuntos internacionales; no obstante, los estudiosos del tema, los publicistas e incluso los estadistas, suelen negarlo en sus declaraciones al respecto. . .

Recientemente, la convicción de que la lucha por el poder se puede eliminar del escenario internacional se ha asociado con las grandes tentativas de organizar al mundo, como las de la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas. . .

. . . Baste enunciar que la lucha por el poder es universal, tanto en tiempo como en espacio, y es un hecho irrefutable de la experiencia. Resulta imposible negar que, a través de la historia, los estados se han enfrentado unos con otros en contiendas por el poder, sin importar las condiciones sociales, económicas y políticas. Aunque los antropólogos han demostrado que

algunos pueblos primitivos carecen de la ambición de poder, hasta ahora nadie ha demostrado fehacientemente el modo en que se puede recrear a escala mundial el estado mental que presenta y las condiciones en que habitan, para así eliminar del escenario internacional la lucha por el poder. Liberar a uno u otro de los pueblos de la tierra de la ambición de poder, manteniéndola intacta en otros, no sólo sería inútil sino también autodestructivo. Si no se lograra abolir en todas las latitudes terrestres el deseo de poder, los pueblos redimidos se convertirían en presa inmediata del poder de los demás. . .

Fuera condiciones sociales en particular, el argumento definitivo en contra de la opinión de que la lucha por el poder en el escenario internacional es un simple accidente histórico se debe desprender de la naturaleza de la política interna. La esencia de la política internacional es idéntica a su contraparte interna. Tanto la política interna como la internacional representan una lucha por el poder, exclusivamente modificada por las diversas condiciones en que esa pugna se registra, sea en el ámbito interno o en el internacional.

La tendencia a dominar, específicamente, se encuentra presente en toda asociación humana, desde el núcleo familiar, pasando por las sociedades fraternales y profesionales, y las organizaciones políticas de carácter local, hasta el estado. A nivel familiar, el añejo conflicto entre suegra y nuera es, en esencia, una lucha por el poder —la defensa de un poder establecido contra la tentativa de establecimiento de uno nuevo. Como tal, esa lucha es un presagio del conflicto que se registra en el escenario internacional, entre las políticas del statu quo y las del imperialismo. . .

Considerando dicha ubicuidad de la pugna por el poder en la esfera de las relaciones sociales y en todo nivel de organización social, ¿es acaso de sorprender que la política internacional sea, por necesidad, una política del poder? ¿No sería más desconcertante que la lucha por el poder fuese un atributo accidental y efímero de la política internacional, cuando en realidad es un elemento permanente e indispensable de todas las ramas de la política interna?

### TEORÍA REALISTA DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL

Esta obra pretende exponer una teoría de política internacional. La teoría en cuestión no debe ser analizada con un criterio *a priori* y abstracto sino, por el contrario, empírico y pragmático. En otros términos, no se debe someter la presente teoría a juicio a la luz de un concepto o principio abstracto y preconcebido, alejado de la realidad, sino a la luz de su objetivo primordial: el de aportar un orden y un significado al caudal de fenómenos que, en su ausencia, permanecerían incoherentes e ininteligibles. Esta teoría debe satisfacer las exigencias de un análisis doble, empírico y lógico: ¿acaso los hechos, en su realidad intrínseca, se prestan a la interpretación que la teoría les ha conferido? y, segundo, ¿esas conclusiones que la teoría extrae siguen un curso lógico, por necesidad, desde sus premisas? En breve, ¿es la teoría congruente tanto con los hechos como con su esencia?

El problema que esta tesis plantea concierne a la naturaleza de todo tipo de política. La historia del pensamiento político moderno es la historia de la contienda entre dos escuelas que difieren fundamentalmente en su forma de concebir la naturaleza del hombre, la sociedad y la política. Una de ellas sostiene que aquí, y ahora, se puede lograr un orden político racional y moral, producto de principios abstractos con validez universal. Así, presupone la bondad esencial y la infinita maleabilidad de la naturaleza humana; el fracaso del orden social para elevarse a la altura de las normas racionales, lo adjudica a la falta de conocimiento y de comprensión, a las instituciones sociales obsoletas o a la depravación de algunos individuos o grupos aislados. Sin embargo, confía en poder corregir tales defectos mediante la educación, la reforma y el empleo esporádico de la fuerza.

La escuela contraria afirma que el mundo, imperfecto como es desde el punto de vista racional, es el resultado de fuerzas inherentes a la naturaleza humana. Para mejorar al mundo se debe trabajar con dichas fuerzas, no atacarlas. Al ser éste, de manera inherente, un mundo de intereses contrarios y de conflictos intestinos,

nunca es posible la consecución plena de los principios morales, pero sí resulta factible una ventajosa aproximación mediante el equilibrio de intereses, siempre efímero, y la conciliación de conflictos, eternamente precaria. En consecuencia, esta escuela considera que un sistema de conciliación y equilibrio continuos se debe erigir como principio universal para todas las sociedades pluralistas. Recurre más al precedente histórico que a los principios abstractos, y apunta a la consecución del mal menor, en lugar del bien absoluto. . .

El realismo político sostiene que la política, al igual que la sociedad en general, se rige por leyes objetivas con raigambre en la naturaleza humana. Para lograr el progreso de la sociedad, es necesario entender, en primer lugar, las leyes a las que se apega la sociedad. En tanto que el funcionamiento de dichas leyes se torna infranqueable a nuestras preferencias, el hombre sólo se atreve a desafiarlas a riesgo de fracasar.

Al así creer en la objetividad de las leyes de la política, el realismo debe creer también en la posibilidad de desarrollar una teoría racional que sea reflejo, aunque imperfecto y unilateral, de tales leyes objetivas. Por ende, cree también en la posibilidad de trazar distinciones entre verdad y opinión en el ámbito político —entre aquello que es verdadero desde un punto de vista objetivo y racional, apoyado por pruebas e ilustrado por la razón, y aquello que es sólo un juicio subjetivo, escindido de la realidad de los hechos y nutrido de prejuicios y vanas ilusiones. . .

El realismo político está perfectamente consciente de la importancia moral del proceder político. También se percata de la inevitable tensión que se suscita entre los mandamientos de la moral y las exigencias de un proceder político exitoso. Además, resulta inadecuado tratar de encubrir y anular dicha tensión, ofuscando así tanto a la cuestión moral como a la política, haciéndola aparecer como si los crudos hechos de la política fuesen, desde el punto de vista moral, más satisfactorios de lo que en realidad son,

y la normatividad moral menos exigente de lo que es.

➤ El realismo manifiesta que no es posible aplicar los principios morales universales a los actos de los estados en riguroso apego a su esquema universal abstracto; por el contrario, deben trascender a las circunstancias concretas de tiempo y lugar. El individuo puede decir para sus adentros: "Fiat justitia, pereat mundus (que se haga justicia, aunque el mundo perezca)", pero el estado no tiene derecho alguno de así pronunciarse en nombre del pueblo a su cargo. Tanto el individuo como el estado deben juzgar el proceder político bajo el criterio de los principios morales universales, como el que se refiere a la libertad. No obstante, aun cuando el individuo posee el derecho moral de sacrificarse en defensa de dicho principio moral, el estado no tiene derecho de permitir que su rechazo moral a la violación de la libertad impida la evolución exitosa del proceder político, inspirado a su vez en el principio moral de la supervivencia nacional. No es factible la moral política si se carece de prudencia; es decir, si no se ponderan adecuadamente las consecuencias políticas de un acto de apariencia moral. Por tanto, el realismo considera que la prudencia —la justa ponderación de las consecuencias que pueden desencadenar acciones políticas encontradas— es la virtud suprema de la política. La ética abstracta juzga a la acción por su apego a la ley moral; la ética política juzga a la acción por sus consecuencias políticas. . .

El realismo político se niega a identificar las aspiraciones morales de una nación en particular con las leyes morales que rigen al universo. Del mismo modo que traza distinciones entre verdad y opinión, las traza también entre verdad e idolatría. No existe nación que no se haya visto tentada —y son contadas aquellas que han logrado resistir mucho tiempo a la tentación— a disfrazar sus aspiraciones y procedimientos muy particulares bajo el amparo de los propósitos morales del universo. El saber que las naciones se encuentran sujetas a las normas morales es una cosa, pero el pretender saber con total certidumbre aquello que es bueno o malo en la relación que guardan las naciones es materia

aparte. Existe un mundo de diferencia entre la creencia de que todas las naciones están supeditadas al juicio divino, inescrutable a la mente humana, y la convicción por demás blasfema de que Dios está eternamente de nuestro lado, y que lo que uno desea también lo quiere Dios.

Esa ecuación despreocupada que surge entre un nacionalismo en particular y los designios de la Providencia es injustificable desde el punto de vista moral, ya que representa ese mismo pecado de soberbia contra el cual los trágicos griegos y los profetas bíblicos previnieron a gobernantes y gobernados. Tal ecuación es de igual manera perniciosa desde el punto de vista político, pues permite que se engendre una distorsión de criterio que, en la ceguedad que provoca el desvarío de una cruzada, arrasa con naciones y civilizaciones —en el nombre de un principio moral, de un ideal o de Dios mismo.

Por otra parte, es precisamente el concepto de interés, definido en términos de poder, lo que nos salvaguarda del exceso moral y del frenesí político. De tal modo, si vislumbramos a todas las naciones, incluida la nuestra, como entidades políticas que persiguen sus intereses respectivos en términos de poder, estaremos en condiciones de hacer justicia a todas ellas. Pero además, podremos hacerles justicia por partida doble: Al tener la capacidad de juzgar a otras naciones bajo el mismo criterio con que juzgamos a la propia, una vez concluido nuestro discernimiento, estaremos en posición de procurar la adopción de políticas que respeten los intereses de otras naciones y que a la vez protejan y promuevan los nuestros. La moderación en la política no puede dejar de reflejar la moderación del juicio moral. . .

El realista político no ignora la existencia y la relevancia de normas de pensamiento ajenas a las del campo político. En su calidad de realista político, sólo se puede concretar a subordinar esas otras normas a las de la política. Asimismo, se aparta de otras escuelas cuando éstas imponen criterios pertenecientes a otras esferas, en el ámbito político. Es en este punto donde el realismo político disiente del "enfoque legalista-moralista" relativo a la política internacional. Son innumerables los ejemplos históricos

que pueden demostrar que este tema no es, como se ha objetado, un simple ardid de la imaginación, sino que va al núcleo mismo de la controversia. . .

Esta defensa realista de la autonomía de la esfera política contra toda alteración provocada por otras formas de pensamiento no implica, de ninguna manera, que se ignoren la existencia y la importancia de las mismas. De hecho, implica que a cada una se le deben asignar su esfera de acción y sus funciones, adecuadas a su estructura. El realismo político se fundamenta en una concepción pluralista de la naturaleza humana. El ser humano real, es una mezcla del "hombre económico", del "hombre político", del "hombre moral", del "hombre religioso", etc. El hombre que fuera exclusivamente un "ser político" equivaldría a una bestia, ya que carecería absolutamente de toda restricción moral. El hombre que sólo fuera un "ser moral" sería un insensato, ya que carecería totalmente de prudencia. El hombre que se concretara a personificar a un "ser religioso" sería un santo, ya que no acariciaría ningún deseo mundano en absoluto.

En tanto que el realismo político está consciente de la existencia de esas distintas facetas de la naturaleza humana, también reconoce que para poder comprender cabalmente cada una de ellas, es necesario abordarlas bajo sus propias condiciones. Es decir, si yo deseo comprender al "hombre religioso", debo abstraerme durante un cierto periodo de todos los demás aspectos de la naturaleza humana, y enfrenar su faceta religiosa como si fuera la única que existiera. . . Lo mismo se aplica a cualquier otra faceta de la naturaleza humana. Por ejemplo, ningún economista moderno concebiría de manera distinta a su ciencia y a la relación que ésta guarda con las demás ciencias del hombre. Precisamente gracias a dicho proceso de emancipación de otras normas de pensamiento, y al desarrollo de una norma adecuada a la materia que trata, la economía ha evolucionado como una teoría autónoma de las actividades económicas del hombre. El propósito fundamental del realismo político es el de contribuir a un desarrollo similar en el campo de la política.